

**LA CORDILLERA COMO ELEMENTO SIGNIFICATIVO QUE PERMITE
ENTENDER LA CONDICIÓN DEL NARRADOR EN *AL OÍDO DE LA
CORDILLERA***

*Ver un mundo en un grano de arena y un cielo en una flor silvestre,
Tener el infinito en la palma de la mano y la Eternidad en una hora.*

William Blake

Guillermo León Velásquez Villa
gvelasq7@eafit.edu.co

Resumen: la obra de Ignacio Piedrahíta es un relato de viaje que narra la travesía de un hombre desde Colombia hasta Tierra del Fuego en la Argentina. A través del recorrido el narrador reflexiona sobre sí a partir de la observación de la naturaleza. De allí que este trabajo busque: primero destacar cómo el espacio-tiempo de la cordillera, estructura la forma y el contenido de la obra; segundo, entender la cordillera como un texto permite los efectos de meditación y de narrativa de la experiencia del viajero; y por último, pretende dar cuenta la práctica del viajante como un acto hermenéutico en el que este es lector de la naturaleza. Así, la cordillera, es texto; y el viaje, la actualización del texto y de sí mismo a través de la dialéctica de quien narra y de los lugares recorridos.

Palabras Clave: viajero, geografía, cronotopo, lectura, interpretación, experiencia, triple mimesis.

Abstract: the Ignacio Piedrahíta work is a travel narrative that relates the journey of a man from Colombia to Tierra del Fuego in Argentina. Through the voyage the narrator reflects on himself from the observation of nature. Hence, this study search: first highlight how space – time of the mountain range, build the form and content of the work; Second, understand the range as a text allows the effects of meditation and narrative of the traveler experience; and finally, the essay expect to explain the practice of traveling as a hermeneutical act in which this is the reader of the nature. Thus, the mountain range, is text; and the travel, is the text and yourself update through the dialectic of who narrates and the places visited.

Keywords: Traveler, geography, reading, interpretation, experience, triple mimesis.

El espacio tiempo de la cordillera

Al oído de la cordillera narra en primera persona el periplo de un viajero por Sur América. Solitario, realiza este recorrido por la cordillera y describe la naturaleza, los lugares, las poblaciones, las personas y de manera somera, las costumbres. Las impresiones giran en torno a este espacio, al suelo y al diálogo que el narrador establece alrededor de esta y en la que se presencia el silencio de este, también la reflexión en voz alta, la descripción de la memoria representada en las capas de la tierra y la meditación sobre el tiempo. A través de la geografía hace una lectura de sí mismo, de la vida humana y cómo, de cierta manera, es volátil, móvil e hija del tiempo de la misma forma que la condición humana.

Por esta razón, el relato de viaje plantea desde el cronotopo espacio tiempo desentrañar la esencia que emana en las capas de la tierra. De allí que el recorrido y los lugares circunscriban en el narrador la visión de un espacio repleto de significado, en él se enmarca la esencia de su recorrido y convierte en epicentro, forma y sentido que representa la mirada de su realidad. El tiempo espacio de la cordillera es la imagen que direcciona la travesía.

“Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo. La intersección de las series y uniones de estos elementos constituye la característica del cronotopo artístico” (Bajtín, 1989: 238).

Al respecto del cronotopo de Bajtín en relación con el relato de viaje, el vínculo tiempo espacio, significa, condiciona y da sentido al narrador mientras viaja. Al respecto, significa puede entenderse como la posibilidad que da el espacio para relacionar la geografía y la naturaleza con la condición humana; condiciona, constituye la visión del narrador de sí mismo y de la realidad circundante; y da sentido, es aquello que habita alrededor del paisaje para que el narrador refigura su realidad en la medida en que ese recorrido fluctúa, el espacio de la cordillera se convierte en elemento y categoría de relación. La cordillera se torna en reflexión y despliega un significado para quien la recorre.

De allí que, desde la perspectiva del cronotopo, la cordillera sea la unidad artística de la obra. Alrededor de ella el narrador hace una valoración de los lugares, habla de ellos, siempre está diciendo algo, da importancia a lo que observa y ello, además, le permite mirarse: podríamos decir que la voz narrativa encuentra en la cordillera su lugar de enunciación. Como plantea Bajtín, toda obra artística hace una valoración del mundo, a partir de sus unidades cronotópicas o de tiempo espacio. Son inseparables y estos se matizan por la apreciación, la interpretación o la emoción del que narra. En esta obra la valoración de sentido, imagen y perspectiva del mundo la realiza el viajero y es por ello que la cordillera es el punto de referencia en toda la travesía.

En cada capítulo se devela la percepción y la reflexión respecto a los lugares transitados. Las impresiones giran en torno a la vida que subyace en el suelo y el paisaje. Como viajero contemporáneo va en bus, barco, ferri y a pie. Su mente está puesta donde nace y muere la cordillera. Este es el anclaje de su periplo y allí dialoga respecto al tiempo y a la vida. Al respecto, desde la perspectiva de Bajtín, la relación que se dé entre la cordillera y el viajero indica el cronotopo de la obra.

Esto indica que la cordillera estructura la forma y el contenido de la obra. La cordillera es la columna vertebral de la narración y sobre esta los capítulos dan cuenta de la referencialidad del lugar como presencia permanente del viaje. Por su parte el contenido de la obra corresponde a la lectura que el narrador hace de los lugares representados en cada uno de los capítulos imbricados en el cronotopo de la cordillera, que determina la visión de este. Dicho espacio es la premisa y el sustento del viajero para entrar a reflexionar. No obstante, la forma y el contenido no pueden mirarse por separado, al contrario, es a través del cronotopo de la cordillera posibilita relacionarlas.

-¿Para dónde vas? –me pregunta.

-Hasta donde mueren las montañas –le digo.

-O donde nacen... -replica ella sonriendo (Piedrahíta, 2011:17).

Por tal motivo, en los capítulos del relato de viaje la cordillera está presente a través de diferentes pasajes en los que se indica la relevancia y el protagonismo de este como

elemento constitutivo de y para el viajante y de cómo este cronotopo es un elemento fundamental y recurrente que posibilita entender cómo la geografía es el texto y el pretexto en la experiencia del narrador. También, la otredad como punto de referencia respecto a dicha condición, la relación del viaje exterior con el interior mediado a través de la lectura e interpretación del paisaje que como ya se dijo es texto y espejo de sí mismo y del mundo.

El viaje no es más que la posibilidad de leer y de leerse. El viajero es un observador pero también un conocedor. El espacio, la cordillera, se le presenta al narrador como un encuentro concreto y sensible que permite hacer lectura del hombre y su entorno. No se trata simplemente de trazar una descripción de los espacios, más bien este entra en correspondencia con la experiencia del viajero. “El paisaje es ante todo, en este caso, una *experiencia*” (Besse, 2006: 160), una experiencia mediada por los sentidos, por lo que imprime el paisaje mientras el viajero la recorre y se refleja en la manera en cómo él se acerca a ella.

...hay una barranca de piedra y tierra: en la parte baja está la piedra, fresca y dura, y en la parte superior, la tierra, de color amarillo, ocre. Es la misma tierra descompuesta que se ha hecho polvo. Más arriba, el suelo negro separa la barranca del pasto que crece sobre la superficie de la montaña. (Piedrahíta, 2011: 12).

Es innegable que la narración está enmarcada en la descripción pero también en la observación de esa realidad que se funda en el paisaje. De allí que la experiencia a través del paisaje no es otra cosa que el encuentro de sentidos, el cuerpo afectado por aquello que lo rodea, el espacio, la textura. El viajero está al margen del movimiento de las ciudades, de los lugares y sus gentes. Su mirada está inmersa en la naturaleza que pasa desapercibida por otros caminantes, siempre tiene presente las condiciones del terreno.

Si bien la visión geológica acompaña a quien habla, esa visión científica descompone y fragmenta el paisaje en la observación geográfica a través de la descripción desde el saber, que le permite inquirir sobre su experiencia personal y de esa reflexión mirar lo de afuera para ingresar a la introspección sobre su experiencia vital. No obstante, el viajero escudriña

más allá de lo científico. La naturaleza se convierte en texto, un texto que se lee y entra en relación con el sujeto. El narrador recorre la cordillera para leerla y circunscribir en ella la lectura de sí mismo, esto quiere decir que quien viaja se proyecta cada uno de los lugares transitados como espejo.

Camino un buen trayecto cabizbajo. Quizá, el volcán es un cuadro en exceso portentoso para el hombre; un hecho superior a la sensibilidad ante la cual el espíritu se siente inevitablemente sobrecogido, de modo que al mirarlo fija y empecinadamente se tenga la molesta sensación de que la imagen comienza a decaer. Sin embargo, se trata de una decadencia que no proviene del volcán sino de uno mismo... (Piedrahíta, 2011: 42).

De lo anterior resulta una interacción constante entre la cordillera y el viajante, ambos se proyectan a lo largo del recorrido. Y este recorrido sobre las montañas es la condición para escudriñar lo que hay, lo que hubo, lo que podrá ser. Pues la experiencia del narrador por la cordillera deja huella en su existencia, “en efecto, todo relato lleva a una predicación valorativa del espacio” (Colombi, 2006: 19). Ello a través de la narración y de la necesidad de caminar para deshacer sus pasos y hacer una interpretación de la tierra que le permita mirarse, donde la geografía le sirve para identificar señas sutiles, encriptadas en las rocas, la arena y las capas de la tierra que dan cuenta de un movimiento distinto al humano pero que contrasta a la condición humana.

De allí que el espacio descrito, el cronotopo de la cordillera, se convierta en el anclaje de la experiencia del narrador, este conoce el recorrido, identifica los lugares y el paisaje. No obstante la particularidad consiste en dibujar a través del relato un espejo de sí, es decir, la topografía hace parte de la experiencia de quien viaja. El narrador es un geólogo y hace que la lectura durante el viaje esté permeada de un saber. Por su parte la geología ocupa un lugar privilegiado en el porqué del viaje, resalta la experiencia pasada en esta profesión y parte de este ejercicio se fundamenta en visitar lugares para explorar, hallar e identificar la esencia de la vida y de la tierra a través del estudio de esta. Aunque en el texto afirme haberla abandonado, es innegable la presencia de esta disciplina en el trascurso del relato, es más, viene a ser, por decirlo así, el sustento de su recorrido para leer, interpretar y actualizar la vida, su vida mediante la observación de la cordillera. La geología le permite

leer el texto que es la tierra, y todo lo que encuentra por el camino de la cordillera, y así hacer su propia construcción de lo que ella le dice y le proyecta. Además, aparece otra lectura que es la del viajante, una mirada existencial y de esta mediada por el cronotopo de la cordillera.

¿Qué ha pasado en mi vida, que esa tierra no haya sufrido? Salto más atrás, a los motivos que me llevaron a estudiar geología: conocer lugares extraños; ir, vencer, y volver. Eso no estaba más que en mi mente- y en las novelas de aventuras que alimentaban esos sueños-.Ejercí la geología por poco tiempo y luego la abandoné (Piedrahíta, 2011: 13).

El viajero tiene claridad del viaje, qué es lo que va a recorrer y hasta dónde va a llegar, la cordillera es el punto de referencia y la base de su tránsito. La geología y la literatura son la savia que le permite adentrarse por los diversos paisajes y la exuberante naturaleza del sur del continente. Él, no va a lo indescifrable, tiene sabe los puntos del recorrido y los lugares para su lectura, pues lo narrado está fuera de los centros urbanos, se ubica en parajes y poblaciones alejadas del ritmo citadino, reconoce su posición y debilidad respecto a la condición de viajero que por momentos se siente turista, pues al encontrarse con la naturaleza compara su experiencia con la de viejos exploradores y se da cuenta de la magnitud del ejercicio de estos. En su intimidad va más allá de ser un visitador, la mirada profunda de los lugares y sus reflexiones lo hacen ser un hombre que viaja lo físico y lo interior. El asombro constituye parte de la conciencia de su viaje. El cronotopo, que es la geografía, es el punto de referencia para mirarse.

Cierro los ojos por un momento y me parece ver las sucesivas explosiones de agua en un intento por batir con su blandura la eterna roca... El suelo y el pasto son la piel de la tierra, y la barranca es como un tajo que marca el acceso al secreto que hay en su interior. (Piedrahíta, 2011, 12).

En soledad realiza la travesía, es un acto íntimo y la emoción y la aventura están en la contemplación, detenerse en puntos específicos como se muestra en cada capítulo para fragmentar el paisaje y observar los elementos que componen los espacios e instaurar un diálogo consigo mismo a partir de lo que lo rodea. Metafóricamente se adentra en el subsuelo para palpar con los sentidos lo allí habitado. En la quietud aparente de la

naturaleza está el movimiento, se revela al viajero mediante la mirada profunda que él realiza y describe. “El paisaje es el marco o, más bien, el nombre que se daría a una intensificación particular de la vida psíquica en un momento y en un lugar dados” (Besse, 2006: 160) al hallar en cada uno de los espacios un punto de referencia para disertar sobre la vida.

El narrador al establecer el inicio y el final de la cordillera encuentra que esta es circular, que en ella habita, lo que el filósofo de la naturaleza Empédocles relaciona con la teoría de la lucha de contrarios, el amor y el odio y que él señala al finalizar su tránsito. Y, al parecer, esta pugna se encuentra en las fuerzas más profundas de la vida. Su destino final es el sur, Tierra del Fuego, en Ushuaia, observa el océano y allí intenta descifrar el origen de la vida, como si de ese lugar emergiera la columna vertebral de Sur América.

La idea de ambigüedad me parece ahora clara y natural. Final y principio conviven en este lugar: las montañas se entregan al océano y el océano se traga la tierra como la figura de la serpiente que se muerde su propia cola. No puede haber un mejor nombre para esta región helada que Tierra del Fuego, pues gracias a este último elemento la materia muere y nace de nuevo, y concurren en torno a él final y principio (Piedrahíta, 2011: 136).

He aquí la importancia del viaje, la lectura del viajero y su relectura de la vida a través de la geografía lo hace un hombre diferente por la experiencia de sentido y de razón que enmarca su travesía, de norte a sur. Esta tiene un significado para sí, el viaje es el pretexto, es decir, el sustento inicial para encaminarse al recorrido, al texto de la naturaleza a través de la cordillera y, finalmente, refigurar la experiencia, el camino y la lectura de dicho texto que es la realimentación de todo el recorrido.

El final de un viaje es siempre el principio de otro. Y este último es para mí el viaje de contar con palabras lo visto y lo vivido (Piedrahíta, 2011: 136).

El viaje entra a romper con la quietud cotidiana para ingresarlo a otro lugar. Otra posibilidad de entender el porqué de su acto creativo, el porqué de la importancia de la

travesía, el porqué de reflejarse en el espejo de la naturaleza que no es más que una proyección de sí durante el trayecto.

Como si hubiera traspasado un límite o violado un misterio, me siento desorientado, asustado. El tiempo y el espacio, ahora distorsionados, guían mis sentidos por caminos trocados. El color se le ofrece al oído; el ojo es quien acaricia la textura de la roca; y una sonoridad fabulosa emerge de aquel conjunto de ángulos inquebrantables (Piedrahíta, 2011: 79).

La cordillera como texto que permite la meditación y la narrativa de la experiencia del viajero

Después de destacar cómo el espacio tiempo de la cordillera estructura la forma y el contenido de la obra, ahora se abordará el tema de la cordillera como un texto que permite los efectos de meditación y de narrativa de la experiencia del viajero a partir de la mirada estructural de esta en la que se da cuenta cómo cada lugar revela la visión del sujeto y su experiencia vital producto de la observación y la disertación.

La obra de Piedrahíta está constituida en capítulos que identifican el paso a paso de norte al sur del continente. Pero este recorrido está marcado por diferentes escenarios en los que el viajero presta atención al cronotopo de la cordillera. De allí que cada lugar visitado posibilite un razonamiento de la experiencia que es producto del conocimiento del espacio, de la profusión intertextual y del encuentro con los otros, también de los efectos que ese espacio produce y suscita en él. Y este hace que los escenarios realimenten la lectura de sus vivencias.

Lo que predomina es la relación del viajero con el mundo natural donde la geología y la literatura son parte del equipaje particular de quien viaja y este le permite hacer relacionar lo exterior con lo interior. Este el sustrato de la narración. El encuentro con lo humano es esporádico mas no insignificante, al contrario, permite relacionar, comparar y resignificar la condición de sí mismo y su quehacer es introspectivo.

De lo anterior que la obra esté estructurada y narrada en diez lugares, diez fragmentos de esa gran composición que es la cordillera. Cada una de ellas corresponde al itinerario del viajero. Cada una de ellas es capítulo de esa sucesión de montañas. Si cada lugar es punto del paisaje entonces la obra, como pintura y texto, tiene detalles. Pero ¿dónde está la particularidad de esos detalles? A simple vista se diría que en la biodiversidad de lo que habita en ellos pero además en la observación del viajero y de lo que este lleva consigo, su experiencia, su conocimiento, la valoración, la sensibilidad y el efecto que el paisaje produce en él. En este caso cada uno de los apartados indica una exploración de lo habita dentro de sí.

La miro una y otra vez. La expresión del “gigante dormido” para describir un volcán inactivo me parece de repente extraña, pues considera el movimiento como un estado permanente, y la quietud como una circunstancia. ¿Acaso, esa no es la verdadera naturaleza del hombre? El gran cambio del ser humano es haber trocado esos dos estados (Piedrahíta, 2011: 45)

Entre montañas está el *Valle*, primer capítulo del relato. El viajero ve el cauce del río Magdalena y como una película el paisaje se mueve a través de la ventana del autobús, lo observa su exuberancia, la vegetación y la temperatura, es decir, concibe el espacio como un cuerpo vivo. Posteriormente suceden el segundo y el tercer capítulo titulados *Ventana al subterráneo* y *Reloj de fuego*, en ellos encuentra la entrada a interior de la tierra a través de la abertura de los volcanes Pichincha y Tunguragua. Ante esto, reflexiona sobre la fuerza, la destrucción y la abundancia que habita bajo la tierra y expresa que el volcán es símbolo de cambio violento y lo relaciona con los cambios de su vida. Además, se pregunta si esa no es la verdadera naturaleza del hombre y de allí explica el porqué del quien viaja y de quien se queda pues el acto de vivir se funda en la quietud y el movimiento como lo muestran los volcanes. La observación de la naturaleza se humaniza en tanto que el hombre, al igual que la tierra, se mueve del interior al exterior.

En cuanto al volcán, este tal vez no represente la capacidad de transformar lo que está a su alrededor, sino transformarse así mismo. También la tierra aloja dentro de sí su propia capacidad de cambio (Piedrahíta, 2011: 45).

Seguidamente el cuarto capítulo, *Rosa del desierto*, el viajante por la vía Panamericana llega a la costa Pacífica. Se aleja un poco de la cordillera sin perderla de vista. Huacachina, un oasis en medio del desierto. Aunque su origen es montañoso, como viajero debe bajar a los valles para dimensionar la grandeza de las montañas. Las dunas se forman por el viento, son olas de arena, dice. De lo anterior que él compare el desierto con una mujer, lugar con una carga erótica ya que para él el desierto es cuerpo de la tierra que se muestra sin ningún velo, color ardiente y vacío, contenido de significado.

Siento de repente que el influjo de esta superficie árida y suelta es sólido y magnánimo, y me basta con aspirar su aire para confirmar que lentamente se va grabando en mis sentidos. El desierto no es sinónimo de muerte, sino de vida lenta y sosegada, un lugar en el que todas las fuerzas naturales actúan finamente sobre el paisaje. El desierto invita a detenerse (Piedrahíta, 2011: 56).

La travesía sigue en el capítulo titulado *Lago*, el viajero habla de las cualidades del zafiro definiéndolo como piedra preciosa, marrón, dura y vidriosa. Compara al lago Titicaca con esta piedra. En embarcación a motor llega a la isla del Sol y allí el narrador describe y compara el lago y la isla con la cordillera, alargados y parecidos como las manecillas de un reloj. Con regocijo él observa el ocaso y los límites del bosque. En la noche, mientras duerme, sueña: siente la separación de los continentes, y como si estuviera navegando una embarcación, expresa estar en la proa del barco continental que viaja. El viajero escucha y lee la voz de la tierra, una experiencia onírica y de sentido que traspasa la realidad.

Siento la brisa imperceptible de las eras geológicas azotando levemente mi rostro y tengo la certeza de que este es mi momento, en el que las unidades inmensas del cielo, de la tierra y de las aguas, se rinden ante mi navío milenario (Piedrahíta, 2011: 71).

Estratos es el episodio siguiente, al norte de la Argentina, Maimará es lugar que le sucede en el trayecto para llegar donde mueren las montañas. Allí el viajero observa la piedra expuesta por capas, en tonos fríos y cálidos. Mientras recorre el lugar en autobús encuentra placer que le produce el movimiento. Al bajarse del vehículo entra en conexión con la soledad montañoso, cierra los ojos, siente el espacio copado por la roca y el tiempo

fosilizado en ella. Para él la montaña es pintura y escritura y las capas se asemejan a la vida que es concatenación de colores, texturas y sentimientos. El viaje es salto y discontinuidad de un estado a otro. Posteriormente en el capítulo *Rocas blandas*, en la provincia de la Rioja, en el pueblo de Chilecito, piedemonte argentino de los Andes centrales, zona seca, se hallan capas de piedra desnudas, vida geológica de edades prehistóricas. La lectura de este escenario, como de los anteriores y de los próximos, viene de relacionar el mundo natural con la vida humana.

Pero, ¿se puede escribir sobre las piedras, al igual que se las puede, por ejemplo pintar? La tierra está compuesta por capas como lo están la escritura y la pintura. El pintor echa una capa sobre otra para ir logrando su obra. Debajo de un color suele haber otro, y otro, porque los pigmentos se potencian al superponerse. Así ocurre con la escritura: cada vez que el escritor pasa por párrafos que acaba de escribir —o escribió ayer, la semana pasada, hace años—, va agregando, quitando, modificando... (Piedrahíta, 2011: 77).

Dientes de perro es el siguiente capítulo en el relato de Piedrahíta, en el sur de la Patagonia, se avista el cerro Fitz Roy y las colinas que rodean el valle. Desde el poblado el Chaltén, término indígena significa “montaña humeante”, las montañas se perciben cercanas. Desde su dormitorio el cerro Fitz Roy se ve en forma de colmillo. La fascinación del narrador por este cerro es por su materia rocosa. Lugar para viajeros y escaladores de diferentes latitudes. En sus caminatas el viajero observa cómo la niebla se adhiere al cerro y entonces recuerda a filósofos de la naturaleza y aduce que la tierra es un ser vivo con pulmones que exhalan fuego a través de muchos respiraderos. La geología estaba muy cerca de la poesía, piensa respecto a los antiguos pensadores.

No por orgullo ni vanidad propios, sino para mostrarme el valor de lo humano, la montaña nos enseña lo que está por encima del hombre. De pronto, me parece que su forma de diente de perro, el cerro emite un extraño sonido, una voz grave y arcana susurrada al oído mismo de la cordillera (Piedrahíta, 2011: 109).

Y los capítulos, *Hielo*, *Océano* y *cordillera* corresponden a la etapa final del periplo. En los polos o sobre las montañas los glaciares están en permanente movimiento. Motivado por la idea de acercarse al hielo en su estado natural escucha el aullido de estos al

quebrarse, el hielo es símbolo apagado del corazón. La Patagonia, El estrecho de Magallanes y Tierra del fuego son parte final del recorrido, allí el viajero observa cómo las montañas se las traga el océano y esta escenario le permite evocar la figura de la serpiente que muerde su cola representa el eterno retorno, el ritmo de la vida, el movimiento perenne.

Tumbado sobre la blanda superficie cubierta de pasto, creo escuchar cierta música que flota sobre la brisa. La roca que se levanta detrás de mí responde a sus ecos, devolviéndolos con una mano paternal hacia mis oídos. Me levanto, me acerco al arroyo y bebo agua hasta saciarme. Antes de retirarme, veo la imagen de una montaña reflejada en la corriente: la turbulencia le imprime desde atrás una viva agitación. Es la imagen, intensa y real, del espíritu de la cordillera (Piedrahíta, 2011: 137).

Los lugares se convierten en razón y motivo de la travesía en relación con aquel que viaja. Al respecto, ¿no sería posible pensar que el viajero hace una reescritura de su experiencia a casusa cronotopo de la cordillera? Pues la lectura del recorrido no es más que la reescritura de su experiencia mediada a través de ese espacio, de la reflexión y la interpretación que hace sobre ella por el viaje. “El paisaje es el nombre que se da a esa presencia del cuerpo y al hecho que se vea afectado, impresionado físicamente por el mundo que le rodea, por sus texturas, sus estructuras y sus espacialidades” (Besse, 2006: 161) y ello se refleja en cada paso recorrido y en las reflexiones manifiestas.

Otro aspecto importante de la cordillera entendida como texto de meditación y narrativa en la experiencia del viajero es la geografía, pues son diversas las fuentes que alimentan al narrador en su recorrido. La ciencia, la literatura, la experiencia personal y los otros, los expedicionarios, constituyen la sustancia que lo proyecta en el cronotopo de la cordillera. En la narración el viajero se muestra preparado desde el deseo y la expectativa. El espacio representado en el texto se vuelve un topos, es decir una construcción imaginaria de un lugar (Colombi, 2006: 20) producto de la mirada que hace del contexto para recrear y reescribir en su experiencia vital lo observado y lo leído. Y esto comprende la intención del recorrido y las posibilidad con el espacio le ofrece para relacionar todo aquello que el viajero posee y lo traspone mientras viaja.

De lo anterior que en la obra el narrador presente al expedicionario francés Jean-Baptiste Boussingault; al alemán Humboldt con las misivas que envía a su hermano Guillermo donde describe cómo los hombres de Quito viven apaciblemente al borde del peligro, es decir, al lado del volcán; el naturalista escocés, James Hutton, que en 1795 publicó *Teoría de la tierra*, cuenta científicamente la fuerza del volcán; Steno, dinamarqués del siglo XVII, hombre de ciencia que a posteriori se entrega a la vida religiosa; Fitz Roy, comandante del barco en el que navegó Darwin que da el nombre al cerro que para los indígenas se conoce como Montaña Humeante. También Empédocles y Pitágoras con su interpretación del mundo como una esfera cuyo reinado se disputan las fuerzas de amor y odio; Francisco-el Perito-Moreno, que en 1876 navegó sobre el Río Santa Cruz hasta llegar al océano Atlántico; Francisco Magallanes y su recorrido por el sur del continente y el hallazgo de una nueva ruta entre dos mundos desconectados por el lado de occidente; Charles Darwin con su diario donde registra, desde la visión colonialista, la inferioridad de los pobladores de la Patagonia pero también exalta la belleza y la exuberancia de la naturaleza de la zona. Estos elementos intertextuales nutren y complementan la meditación del narrador en la manera cómo se acerca a esa realidad.

La experiencia dada entre la lectura y el contexto aúnan la interpretación del viajero. En la primera, la ciencia y la literatura, se evidencia la marca del viajero. Cada uno de ellos, exploradores de su tiempo, de su memoria, de su historicidad y del deseo de encontrar posibilidades en sus periplos. En el espacio está la cercanía, esa cercanía que se media por las condiciones del terreno, de la geografía, de todo aquello que conforma la urdimbre del paisaje, ese tejido que es parte de sí mismo. De lo anterior que la experiencia personal se vitalice conforme recorre los lugares para relacionarlos con la vida misma.

La práctica del viajante como un acto hermenéutico

Si en el apartado anterior se plantea el espacio tiempo de la cordillera como texto que permite la meditación y la narrativa de la experiencia del viajero por qué no pensar que este sea un lector, un intérprete de lo que la geografía le muestra. Pues en cada uno de los capítulos se evidencia el conocimiento, la cercanía y la introspección que narrador posee. Y si ese conocimiento y esa cercanía de ese cronotopo posibilitan hacer una lectura íntima de

sí entonces la experiencia del viaje refigura la vivencia del viajante. Al respecto la interpretación, en palabras de Paul Ricoeur, se entiende como la proposición de mundo, de un mundo tal que yo pueda habitar para proyectar allí uno de mis posibles más propios. Es esto lo que yo llamo el mundo del texto, el mundo propio a este texto único.

Esto significa que la lectura de la geografía y la topografía son pieza clave del ejercicio hermenéutico del viajero. Es la sustancia para adentrarse al texto de la tierra y la naturaleza y así hacer una interpretación y comprensión de ella para sí. No obstante, esta travesía se hace de manera especial, la sensibilidad del viaje se da a través de los sentidos y el ser. Estos resignifican el acto de viajar y de allí que surja una nueva lectura del mundo y la realidad del sujeto. La ventana al interior que mira el afuera para entender lo que habita dentro.

Mas esto se represente el interrogante ¿Qué sentido tiene el viaje, el recorrido y el fin de este? Las preguntas del viajero al inicio y al final de la travesía no son más que la metáfora de la vida. Aunque para él este recorrido no es altruista en cuanto a la intención de los viajeros antiguos. La riqueza está en lo interior y en reconocer en el exterior lo que hay dentro a pesar de que este no lo exprese directamente. La naturaleza es la proyección del viajero.

El vacío que percibí en un principio del recorrido es aún más profundo, mi mente está aquí y en ningún otro lugar. Mis sentidos están más livianos, más dispuestos; las percepciones surgen de los colores, de la caricia del aire caliente, del tacto de los granos de arena...una topografía de claroscuros le susurra imágenes a mis sentidos, y el pensamiento entretejido con ellas proyecta no solo luz, sino también sombras (Piedrahíta, 2011: 98).

Constantemente cada lugar de la cordillera dice algo, dialéctica entre el hombre y la tierra, la lectura de esta le permite observar el mundo a través de la palabra, la figura humana enfrentada al espacio profundo e inabarcable del paisaje. La convivencia de lo nefasto y lo maravilloso se yuxtapone y eso es lo que le posibilita leer en la naturaleza la condición de lo humano.

Del relato a la vida, el cambio, la experiencia comunicable del sujeto, el viajero, el lector, ser en el mundo, mediado por el viaje y la naturaleza como texto. Esta experiencia parte de la referencia de la naturaleza recorrida y esta le permite ser y sentirse diferente, pues el viaje le da una nueva dimensión para retornar camino a casa aunque no de la misma manera que inició. Quiere decir que la relación del viajero con el mundo del texto posibilitó que quien viaja encontrase un punto de relación entre el texto, tierra, y lector, viajero a través de la experiencia. La lectura del espacio y la reflexión para interpretar y comprender la que habita dentro y fuera de sí.

Entonces la acción del viajero genera un acto hermenéutico, le permite conocer, indagar, socavar la obra de la naturaleza. Leerla, interpretarla para sí y, por qué no, reconstruir la urdimbre del pasado, entender sus dinámicas y actualizarlas en el vivir. Si bien el movimiento y el viaje pueden ser condición natural del hombre, para el caso de este viajero, puede decirse que su experiencia es interpretativa. Es luz para establecer un vínculo que da otra valoración, otra versión de su realidad.

¿Será posible considerar la hermenéutica como palimpsesto, es decir, que el texto, la obra, sea la piedra y la interpretación la escritura permanente de ella? Lo anterior no quiere decir que la interpretación sea el cambio de la obra sino más bien el cúmulo de posibilidades de relectura a partir del conocimiento de ella. Esto posibilita el encuentro y la otredad. Tesis como fuente y camino para la discusión a través del tiempo. Aunque la relectura y la interpretación no son taxativas, requieren de un método, de algo que permita rastrear lo que subyace allí. Del método se abre camino a la constitución de otros senderos de lectura, relectura e interpretación. Es así como el viajero, por medio de la literatura y la ciencia, de sus fuentes, de su equipaje y experiencia hace de su recorrido una nueva condición de posibilidad de lectura, relectura, escritura y reescritura del periplo y el cronotopo, es decir, la geografía, que permite este encuentro.

Por lo anterior por qué no pensar desde el cronotopo que la actividad hermenéutica del viajero puede darse en dos posibilidades: la primera tiene que ver que el texto, la tierra, es

una casa, morada que conserva la esencia y el espíritu de su ethos. Aquí radica la importancia de recorrer cada recinto, cada lugar, cada espacio, cada rincón, del sótano hasta el ático. Posteriormente, abrir puertas, ventanas, claraboya, celosías y hendijas para que entre el aire y la luz. De eso se trata, de esclarecer y llegar hasta lo más cerrado y recóndito para observar todo lo que allí habita. El texto, no debe mirarse de soslayo. Y segundo, el texto como palimpsesto, y la hermenéutica la reescritura. Quiere decir que conociendo el lugar y lo que hay dentro de él se puede entender el sentido de lo allí habita. El palimpsesto es la interpretación. Las posibilidades de recorrer cada espacio y observar en detalle los aspectos que se consideren relevantes y sometidos a la discusión. El hermeneuta se ubica en algún punto de la casa y desde ese punto da cuenta y lectura de la realidad. Por eso la realidad no es total. Y digo que no es total en vista de que no es lo mismo observar el paisaje desde un cuarto, el balcón, el sótano, la claraboya o el quicio de la puerta. Cada punto del lugar indica una perspectiva diferente. Esta es la interpretación y esto determina que la observación del viajero sea íntima, particular, propia.

Por lo tanto, la cordillera, el texto, es alegórica. Trasciende la literalidad. Silenciosamente apunta a otras áreas de sentido no vistas. El texto, cronotopo de la cordillera, puede concebirse como un universo simbólico que suscita ser descifrado. Un rompecabezas que pretende ser armado. Una pieza completa pero fragmentada. De allí que ese sentido, aparentemente extraviado, se ponga al alcance, se circunscriba en la dinámica cultural y temporal a través de los sentidos y la experiencia del viajero y sea significativa y aprehensible. Podría decirse que la hermenéutica del viajero es la mediación entre lo que hay dentro y lo de afuera. La tierra y la naturaleza en relación con el sujeto. La interpretación nos sitúa en un punto de esa realidad y permite el diálogo y el encuentro con todo lo que allí habita.

Para finalizar, la obra en relación con la teoría de Bajtín sobre el tiempo espacio, permite identificar la reflexión en torno a lo qué es el hombre como nueva dimensión de la realidad. No podría pensarse en una realidad que está al margen de él. Al contrario, hace parte inherente de lo que allí habita y que por tanto es el fundamento de la existencia y por

esta razón la geografía concentrada y replegada por la cordillera constituye un elemento primordial para entender la condición del narrador.

BIBLIOGRAFÍA

- Piedrahíta, I. Al oído de la cordillera. Medellín: Fondo Editorial universidad Eafit, 2011.
- Bajtín, Mijaíl. Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación, Madrid, Taurus, 1989.
- Lukacs, Gyorgy. Teoría de la novela, traducción de Juan José Sebreli, Buenos Aires, Editorial Siglo Veinte, 1974.
- Todorov, Tzvetan. “El viaje y su relato”. Las morales de la historia. Barcelona, Paidós, 1993.
- Colombi, Beatriz. “El viaje y su relato”. Latinoamérica, México, 43, 2006.
- Peter, Szondi. «Introducción a la hermenéutica literaria I», en: Introducción a la hermenéutica literaria. Abada Editores. Madrid. 2006, pp. 41-58.
- Cuartas, R, Juan Manuel «De vuelta a la pregunta: ¿qué significa comprender una obra literaria?», en: La experiencia hermenéutica. Editorial Aula de Humanidades. Bogotá (en prensa).
- Ricoeur, Paúl (2004) “Tiempo y narración. La triple mimesis” En: Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico. México: S. XXI.
- Restrepo, D, Juan F: “Piedras para Hermes”. Documento de clase, Crítica literaria Latinoamericana. 2015
- Bachelard, G. La poética del espacio. FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA S. A. Buenos Aires. 2000.
- Restrepo, D, Juan F. Cuando la palabra quiere ser piedra. En: Revista Universidad de Antioquia. 2012, pp. 74-80.
- Besse, Jean-Marc, Las cinco puertas del paisaje: ensayo de una cartografía de las problemáticas paisajeras contemporáneas. Paisaje y pensamiento / coord. por Simón Marchán Fiz, Javier Maderuelo, 2006, ISBN 84-96258-84-X, “. España. 2006, pp. 145-172
- Balaguer, V. La interpretación de los textos en Paul Ricœur. Facultad de Teología. Universidad de Navarra. [en línea]. [6 noviembre de 2015]. Disponible en: scriptor.typepad.com/scriptorg/files/ric-roma.doc